

Gerardo César Hurtado

Una travesía, con escritores, paisajes y ríos: Iowa

Al llegar un cielo azul turquesa clarísimo se acerca: la mirada no oculta la visión de un otoño que abre sus puertas. Iowa nos recibe con un sol destinado a contar historias, acontecimientos y maneras de vivir. Altavoces, ruidos, humo y silencio. Un olor de madera quemada asciendo hasta nosotros y cortésmente llama la atención la luz que se derrama sobre calles, avenidas pasadizos, escaleras, automóviles y gentes. Atrás queda la lluvia y al frente está la ciudad con viejos edificios, un capitolio, imitación del de Washington. Los edificios aquí no son muy altos; conservan el aire de la tradición: la historia de la ciudad se muestra para el visitante. La curiosidad nos lleva a las preguntas y estas se convierten en averiguaciones de la idiosincrasia norteamericana. Oímos repetidamente: "Bienvenido a la ciudad de la poesía". Dispersos rótulos lo indican; aquí se lee y se practica la poesía. Miramos los alrededores: en la distancia, un río que duerme. El río es la inspiración de los pobladores, lleva el nombre de la ciudad: Tierra Bella, título que setenta tribus Sioux inscribieron en algún lugar, sobre árboles, campos de maíz y alfalfa. No queda ningún recuerdo de las antiguas batallas. Muchos de los sitios ostentan nombres en francés: Dubuque, Coralville, Des Moines, capital del Estado. Al norte, unas cinco horas en bus, hallamos un pueblo minúsculo que nos llamó la atención: Prairie du Chien (Oración del perro). Los sitios y nombres en francés son ya el recuerdo de las expediciones colonizadoras que llegaron aquí. Sus fundadores fueron: Louis Joliet y el padre Jacques Marquette. La fecha se remonta hasta 1673. Julien Dubuque fue un aventurero que obtuvo de los indios Sioux permiso para explorar el territorio y buscar minas de un oro que, como todos sabemos, terminó por convertirse en algo legendario. Iowa era parte del territorio de Louisiana y fue comprado a Francia en 1803 por valor de 15 millones de dólares.

En un pequeño pueblo, Spillville, Anton Dvůrák compuso parte de su sinfonía "Del Nuevo Mundo" en homenaje a los paisajes y bosques de Iowa. El río abraza a la ciudad y se pierde por senderos, manantiales, canchales y cemento. Hay muchas zonas verdes y parques.

En la mente del viajero persiste la obsesión de que el río está inmóvil y brilla como un espejo al atardecer que se anuncia con frío y viento y sombras y detrás de la ciudad un sol rojizo despidiendo al otoño. En los bosques abundan las ardillas.

Cedar Rapids, al noreste de Iowa City, es interesante como ciudad y su simetría en los edificios, calles, parques y puentes y el bullicio inevitable.

Y el aeropuerto: se abren puertas, aviones van y vienen. Aparecen rostros, rostros de escritores, medio sorprendidos, medio asustados. Se escuchan llamados. Se presentan los que vienen a ver, a investigar, a auscultar en la sensibilidad y la cultura de este lugar: Akhudiati de Indonesia, pequeño y sonriente, riéndose de un no sé qué pasa, Ikuko Atsumi de Japón, delgada y meditativa:

un extraño personaje que todo lo registra, acaso los espías: Bozhilov de Bulgaria; no falta el sitar y el Marathi: Dilip Chitre de la India; un hombre de color, serio, pero de vez en vez sonríe: Peter Clark de Sudáfrica; otro que sufre la obsesión por los automóviles: Vilmos Csaplar de Hungría; por la puerta del oeste aparece un Odiseo contemporáneo por su habilidad en las buenas maneras: Anastasios Denebris de Grecia; no aparece por ningún lado la puerta Tesfaye Gessesse de Etiopía y su nombre se pierde en el aire acondicionado. Viene otro extrañísimo pero poeta, Hjin Park de Corea; sigue James Holmes, director de revistas y corredor de bicicleta. Este es holandés. Un cantor, que combina la poesía con la ingeniería: Ahmed Muhamed Imamovic de Yugoslavia. Sigue un tipo largo y sonriente, pelo canoso y a la expectativa: Leonardo Iramain de Argentina. De las neblinas de Londres nos llega Peter Jay. Otro de Francia, Pual Keineg, excelente poeta y amigo. Por la puerta este aparece un señor enfundado en una larga bufanda, especialista en literatura polaca: Zygmunt Kubiak, y Ewa Lipska también de Polonia. Viene un cuentista de Kenia: David Domenic Mwangi; y de pronto, uno en retraso: Jorge Arturo Ojeda de México, novelista y ensayista. Luego, Alf Poss de Alemania; detrás de éste, un silencioso cuentista brasileño: Roberto Reis, y de la tierra de Vargas Llosa nos envían a un no menos novelista: Jorge Edgardo Rivera. Luego, un excelente traductor del ruso y visitante del programa: Daniel Weissbort de Inglaterra. Después de pasar revista al cargamento humano, nos llevan a ver la ciudad, a conocer gente y a hospedarnos. Se suceden papeles tras papeles, llaves, libros, cosas varias. Nos llevan a la primera reunión y el jefe de la ceremonia es Paul Engle, lo sigue su esposa Hualing Nieh Angle y Burt Blume, asistente. Anuncian que comienza el International Writing Program de este año. Recibimos instrucciones y todos los días, tenemos lecturas de poesía y prosa, traducciones en todos los idiomas. Vamos a un seminario especial para traducciones y allí discutimos poesía que está bien traducida o no, se exaltan los temperamentos y se apaciguan los rompederos de cabeza con versiones y más versiones hasta quedar satisfe-

chos. Recordamos "traductor, traidor".

Las presentaciones de los diferentes escritores se llevan a cabo en fechas señaladas y es obligatoria su asistencia. Ese día se reparten copias y folletos de poemas o fragmentos de novelas, o un tema escogido por el autor. Van ejemplos: "Moderna poesía femenina japonesa, después de la Restauración Meiji". "Algunos poetas griegos contemporáneos". "La joven novelística de México". "Poetas rusos contemporáneos en traducción de Daniel Weissbort". "Poemas escogidos en Marathi y en inglés; presentación del hindú Dilip Chitre". "Poesía francesa fuera de Francia", en esta presentación de Paul Keineg se discutió la poesía de Leopold Sédar Senghor, la de Aime Césaire, la de René Depestre (Haití) y León Damas (Guinea Francesa). "Cuatro poetas de los países bajos en traducción de James Holmes". En la mayoría de los seminarios se discuten problemas acerca del escritor y su obra, circunstancia, historia y calidad literaria, por supuesto. Se lanzan ataques y contraataques. Los escritores, en estos casos, nos defendemos con las armas literarias y la artillería a disposición. Al final se sirve un buen vino de California para aflojar tensiones y perder por pasadizos y otros lugares a los fatigados en literatura y filosofía. Hemos realizado en conjunto algunas buenas reuniones y se aprende mucho con respecto a la crítica y la autocrítica literaria. Existe un margen crítico que cada escritor se lo reserva y el resultado es que aquí tenemos que escribir todos los días, lleve o truene, con frío o calor. Hemos visitado algunos lugares significativos por su historia. Hemos ido a museos y a la fundición de metales en Moline, Illinois. Lo que me llenó de alegría, fue encontrar en Chicago a Rembrandt, al Greco, a Velázquez, a Zurbarán con su luz y silencio de siglos, todo mezclado después con bullicio, los altos edificios, las voces, las gentes, el tiempo y el frío.

Y así. El río se sucede, lo miramos: no se mueve. Mientras me preparo para mi presentación en este Programa Internacional de Escritores el nueve de diciembre.

Entretanto Iowa, luz y paisaje, bosque y agua rosada, el interminable río, permanece.